

Yemen entra en juego

Carlos LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

Los ataques liderados por Arabia Saudí en Yemen contra los hutíes supone la entrada de este país en el gran tablero de las influencias de poder que se viene configurando en Oriente Próximo últimamente. Desde que en 1979 se alzara con el dominio de Irán el ayatola Jomeini, el escenario empezó a cambiar en esa región. El nuevo líder iraní trajo consigo una revolución que puso patas arriba los equilibrios existentes hasta entonces. En especial, porque Irán, con una mayoría chiíta, se alzaba ahora como una potencia diferenciada del resto de naciones musulmanas. La guerra provocada por Irak (1980-1988) pudo debilitarlo, pero no anularlo. En sí, el conflicto terminó en tablas. Aunque para los nuevos dirigentes iraníes fue, en gran medida, una victoria, habida cuenta de que el Irak de Sadam Husein contó entonces con toda clase de ayuda por parte de las potencias europeas y de Washington. Sadam era en ese momento el amigo de los occidentales frente a aquellos barbudos que habían tomado el mando en Teherán y habían humillado a los americanos al asaltar su embajada. Desde entonces se inició una lucha larvada en dos frentes. Una por parte de Occidente contra un régimen islámico del que no se fiaba. Otra por parte de Arabia, que veía cómo esos nuevos ayatolas podían restarle influencia en el mundo musulmán. No en vano Jomeini se convirtió en una referencia para la totalidad de los chiítas.

Ahora bien, en las últimas décadas esta situación de relativa estabilidad mantenida hasta entonces ha saltado por los aires, habiendo provocado que esta zona se haya convertido en una de las áreas de mayor inseguridad del planeta. Trasquilado por la conflagración con Irán y pensando que sus antiguos aliados no lo impedirían, Sadam Husein decidió invadir Kuwait y hacerse con sus ricos yacimientos petrolíferos. Pero la operación le salió mal y se produjo la Primera Guerra del Golfo (1990-1991), por lo que se vio obligado a devolver lo conquistado, aunque logró mantenerse en el cargo. Tras los atentados del 11S, el panorama empeoró sensiblemente, pues, con la burda excusa de que el dirigente iraquí financiaba el terrorismo internacional, el presidente Bush y sus aliados se embarcaron en una Segunda Guerra del Golfo (2003-2011), que no hizo sino empeorar las cosas. Sadam fue ejecutado, pero la fragilidad se apoderó de Irak, con las consecuencias que aún hoy estamos viendo. Para colmo, en semejante contexto vinieron a sumarse las revueltas de 2011, con lo que el horizonte se ennegreció en varios estados del entorno: Túnez, Egipto, Siria y Yemen. Entretanto, Irán consiguió hacer una transición pacífica en el poder a la muerte de Jomeini en 1989, habiendo logrado asentar un régimen de corte teocrático, pero con elementos cada vez más pragmáticos. En este sentido, la llegada de Rohani a la presidencia de la República en 2013 es una prueba evidente. Y ello a pesar del aislamiento internacional por parte de Occidente a que se ha visto abocado desde la Revolución. No obstante, su estabilidad política y sus enormes recursos petrolíferos han permitido a Irán convertirse en un actor determinante en Oriente Próximo. Sus buenas relaciones con Rusia, sin duda, han contribuido, pero también el haberse erigido en faro del chiísmo. Ahí está, pues, su apoyo a Hezbolá en Líbano, a Bashar al-Asad en Siria o a los zaidíes yemeníes, para contrarrestar, precisamente, las enormes sumas de dinero y medios provenientes de las petro-monarquías del Golfo, todas ellas de prevalencia sunita.

De modo que Yemen se presenta en estos momentos como el campo de batalla entre las dos grandes ramas del Islam: la mayoritaria de los suníes y la minoritaria de los chiís. Por ejemplo, los zaidíes, presentes en el norte de Yemen y en Arabia, son un grupo adscrito al chiísmo. De los 25 millones de ciudadanos yemeníes aquellos representan un tercio, localizados al norte. Hay que recordar aquí que cuando se produjo la unificación entre el Norte y el Sur en 1990, los zaidíes quedaron claramente en inferioridad, toda vez que la ex república comunista de Yemen del Sur era masivamente sunita, generando un desequilibrio que pronto traería consecuencias. Así, desde que en 2004 el ex parlamentario y clérigo zaidí Hussein Badreddin al-Houti se rebeló contra el ejecutivo para pugnar por los derechos de este grupo y lograr alguna fórmula de autonomía política, este país de la península Arábiga vive en constante tambaleo. Mientras las autoridades de Saná acusaron

entonces a Teherán de estar detrás del motín, los propios saudíes intervinieron en el conflicto. De esta forma, los pocos chiítas de Arabia nunca ha sido bien vistos por los gobernantes de Riad, campeones por excelencia del sunismo, y menos aún en los últimos tiempos. De suerte que, tras casi seis años de inestabilidad, la Administración del ex presidente Saleh consiguió sofocar una nueva rebelión en 2010. Sin embargo, en 2011 estallaron las protestas contra el propio Saleh dentro de las mal llamadas primaveras árabes. Entonces muchos hutíes (denominación derivada de al-Houti) volvieron a aprovechar la ocasión para sumarse al levantamiento. Resultado del mismo, el 22 de enero de 2012 el mandatario yemení cogía un avión rumbo a Norteamérica.

Desde entonces y ya con Mansur Hadi como nuevo presidente, todo se ha torcido hasta el extremo. En realidad, Yemen se ha ido precipitando hacia una guerra civil de carácter religioso, cuyos episodios de máxima violencia los estamos viendo últimamente. El sur, predominantemente suní, apoya a Hadi, mientras que en el norte los hutíes tienen gran peso, habiéndose producido un acercamiento al propio Saleh, que parece vengarse de esta manera de su abrupta salida del gobierno. Asimismo, la presencia primero de Asna al-Sharia (Al Qaeda en el península Arábiga) e incluso de un grupo yemení afiliado al Estado Islámico, ambas organizaciones terroristas de carácter sunita, sólo ha complicado más el ambiente político desde el 2012 hasta la actualidad, al haberse producido atentados contra los hutíes. Esta realidad y el hecho de que el ejecutivo de Hadi no arbitrara las medidas suficientes para superar la crisis han desembocado en el actual caos que vive Yemen, convertido ahora en el nuevo terreno de confrontación entre sunitas y chiítas. Un lugar demasiado próximo a Arabia. Por lo que no es de extrañar su intervención militar y que sea la que lidere la coalición árabe contra los hutíes y, de paso, contra el propio Irán. La fortaleza de su régimen, su alianza con al-Asad, la reciente cercanía a EEUU y su progresivo peso en Irak han provocado la respuesta del rey Salman, que no está dispuesto a que en su patio trasero se libere una contienda de tal envergadura.

2 de abril de 20